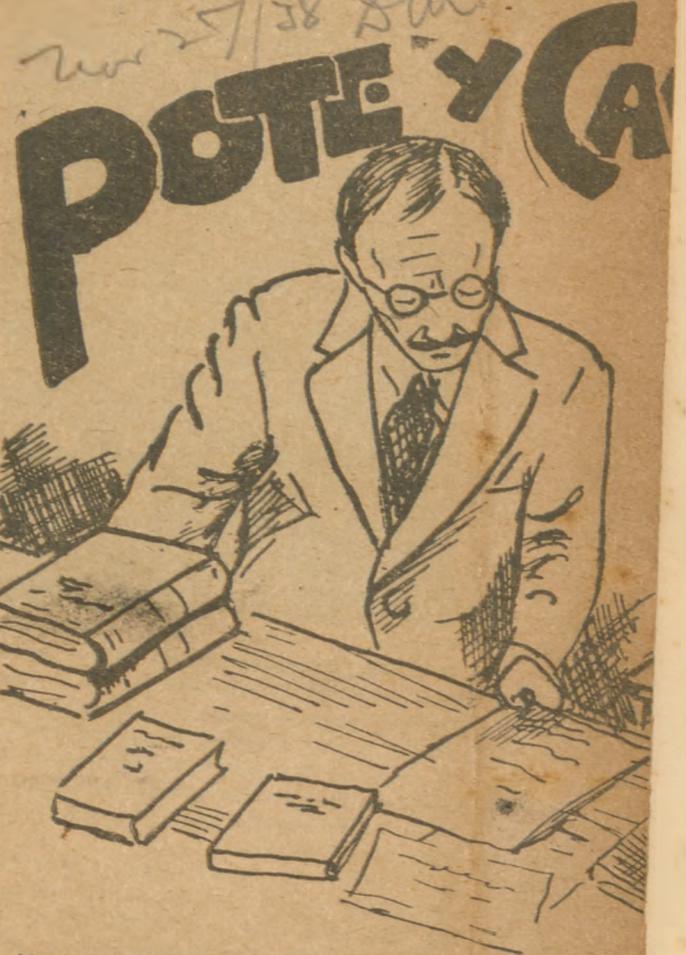


DECLARACION DE PRINCIPIOS

VIEJAS POSTALES, DES



UNO de los mayores encantos para los espíritus selectos, amantes de las bellas letras, consiste, no cabe duda, en encontrarse al paso, para registrar a su antojo, una tarima colmada de libros viejos, de esas que se levantan un día, provisionalmente, en un portal de los más concurridos de la ciudad; o que de antiguo tienen ya su sitio fijo en casas y calles de la misma. «Leer, leer—como decía Menéndez Pelayo—y luego lo demás». Juy, el gran costumbrista parisién que sirvió de maestro y modelo a Larra, Figaro, para sus inmortales trabajos, escribió preciosos artículos describiendo esos puestos de libros viejos que se instalaban en París, a lo largo de los malecones del Sena, próximos a la iglesia de Notre Dame; Pío Baroja nos ha hablado de las veces que se encontró en ellos con Anatole France y otros célebres escritores de su tiempo; y Azorín les ha dedicado también algunas de sus más bellas y eruditas páginas. En París, Madrid y Barcelona, tiene su sitio fijo este comercio—en los citados malecones del Sena; en el Rastro; a lo largo de las Ramblas—pero no así en la Habana, donde se ha establecido en lejanos y distintos lugares, a no ser alguno que otro que ya de antiguo ocupara su sitio fijo, como la librería de Alorda, hoy desaparecida, y que durante largos años radicó en la acera de los pares de la calle del Obispo, entre Bernaza y Villegas; y en la que eran visita diaria Lanuza, Carlos de la Torre, Enrique J. Varona, Antonio de Azaola, y otros conocidos hombres de letras. También había algunos puestos fijos en la Calzada del Monte, allá entre Carmen, Revillagigedo, Campanario, etc., donde conocimos «El Puesto de don Cipriano», el del «Gallego» y otros. En los portales de la calle del Prado, frente a la antigua estación de Villanueva, el Parque de la India y el de Isabel la Católica, que ya no existe; también había algunos de estos puestos de libros viejos, siempre concurridos, y en los que se encontraban obras de Derecho, Historia, Medicina, Ingeniería, etc.

En una accesoria del antiguo edificio por Fornos al comienzo de la calle Neptuno, existe aun un puesto que se instaló allí hace años; y en donde se encuentran a veces obras de mérito a cinco y diez centavos el ejemplar. Cuando Pote empezó en la calle del Obispo con su Moderna Poesía, tenía la especialidad de los libros de texto; y de aquella famosa biblioteca «Demi Monde» que se vendía como agua—como se vende hoy sobre todo—a diez centavos billete el ejemplar, en la cubierta de los cuales siempre se ostentaba una llamativa figura femenina, alusiva al asunto de la obra: entonces empezaban a darse en pequeñas dosis los Pedro Mata y los Felipe Trigo de la época. El conocido autor vernáculo Laureano del Monte, ya fallecido, tenía cierta habilidad para adaptar a la escena esas novelas, que amenizaron los escenarios de Alhambra, Lara y otros teatros de género.

Al citar entre los colaboradores del Madrid Cómic a Bobadilla, nos viene a la memoria su recuerdo. Entre los jóvenes escritores y postas habaneros de aquel entonces sobresalía Emilio Bobadilla; así que su favorable acogida en la prensa madrileña nos parecía cosa propia y nos llenaba de orgullo. Bobadilla fue un hombre combatido y amargo. Su misantropía le creó un ambiente hostil, poniendo en su camino frecuentes e insuperables obstáculos; pero indudablemente valía mucho; y en más de una ocasión dejó bien plantado el nombre de su patria. Fue asiduo colaborador de «El Liberal», «Madrid Cómic», «Blanco y Negro», y otras revistas. Sus crónicas «Desde el Boulevard», que aquí publicaba el Figaro, eran muy leídas. Se recuerda su andar provocativo y valentón; su alta y espigada estatura; su peinado de «chuletas», a lo torero; su erizado bigote a la borgoñona. Falleció en Biarritz, relativamente joven. Su viuda señora Piedad Zenes, hija del poeta Juan Clemente, instituyó «El Premio Bobadilla», del que ya no oímos hablar una palabra.

no se desprende y mugrientas gadas alparcas que, aunque establecida en el suicidio de un caballero de un lugar y que trajo la institución de mil pesos en añol, aun por escondidos en chaleco. Del día, hasta veía a Treles infinitos cuestiones con y pregonando gosa:

—¡Lucha. rricatura de Dijose, a había dejado una niña al esmerada en jores colegios. Acaso otro zac.

De los dibujos y caricaturas del «Ma-

Lopez a la Península, allá por el año 1893 ó 94, trajo la representación exclusiva para la Habana de los importantes periódicos madrileños El Herald, El Liberal, El Imparcial, La Epoca, etc., y el popular Madrid Cómic, de Sinesio Delgado, que aquí se leía mucho; y el cual, no obstante el juicio apasionado de sus modernos detractores, marcó una época brillante en el desenvolvimiento del periodismo festivo español, al lado de La Esquella de la Torraza, y otros de igual índole que veían la luz en Barcelona con las prestigiosas firmas de Apeles Mestre, Serafi Pitarrá, Oller, etc., y que también circulaban profusamente aquí en Cuba. El Madrid Cómic abría su número con una graciosa crónica de Luis Taboada, gráfico retratista de la clase media de aquella villa y corte de Cánovas y Sagasta, Frascuelo y Lagartijo; siguiéndole amenísimos trabajos en prosa y verso de Eduardo Bustillo, el correcto autor de aquellos romances del «Ciego de Buenavista»; de Vital Aza; de Lopez Silva; de José Jackson Veyan; de Eduardo de Palacio; del propio Sinesio Delgado, el director; de Luis de Ansorena, fiel discípulo de Campoamor; de Emilio Bobadilla, «Fray Candil», crítico cubano que se hizo notar en los madriles; no faltando casi nunca el ameno y muy buscado «Palique» de Clarín, fustigador de los malos poetas y peores prosistas de la época.

«Madrid Cómic» se encargaban artistas tan famosos como Ramón Cilla, creador de aquel tipo de «pollo bien», tan conocido en los centros sociales madrileños, en los que hoy se le llama «pollo-pera», el ocurente Sánchez Hermosa, que firmaba con el madrileñísimo seudónimo de «Me-cachis»; y Angel Pons, que podía igualarse a los mejores caricaturistas de París. El número de Navidad de «Madrid Cómic» reunía las firmas de los mejores escritores y poetas de España; apenas llegaba a la Habana, desaparecía de los mostradores de Pote, a cincuenta centavos billete el ejemplar, veinticinco en plata; y a leer dulce, nutritivo y sabroso un buen rato. Claro que se trataba de una lectura amena, frívola hasta cierto punto; y entretenida; porque para conocer de krausismo, de metafísica y de novela rusa, teníamos la «España Nueva», con las disertaciones y polémicas de don Juan Valera, Campoamor y la Condesa de Pardo Bazán, cuyos ejemplares no tardaban en verse también apilados en los puestos de «libros viejos».

Surtíanse de estos periódicos en casa de «Pote» para revenderlos después al menudeo por calles, teatros y estaciones de ferrocarriles—Oeste, Concha, Villanueva, Muelle de Luz y Regla—amen de otros, tres vendedores callejeros que figuraban entre los tipos más populares de aquella Habana de entonces: Treles, el célebre vendedor de La Lucha, famoso por su tacañería y su ciedad; astroso que

El otro jero, de larlada hasta de la Bara por «El Cab conocon la «Catalán» Siempre estu tagio tal ver trante, de r como la «mi popular hab —La Saets die... Sol

Varias v tentó el «C to fijo; y u trada del tr de Alhambra zana de Gón zada de la nas incansa le pedían m lles y lanza lo que, a sus libros; de revista b —¡El Cen tículos de El tercer era un buen rrada, que dencioso, y no; agente de perm...